

FILMS
DE AMOR

Te quiero, me quieres



Núm.
56

25
CTS

RAIMOND GRIFFITH - VERA VERONINA

FILMS DE AMOR

APARECE TODOS LOS JUEVES

Redacción, Administración y Taletas:
Calle de Valencin, 234 - Apartado núm. 707
BARCELONA

AÑO III

NÚM. 60

1937
TIME TO LOVE

Te quiero, me quieres

Adaptación literaria de la película del mismo título, creación de el célebre

RAYMOND GRIFFITH

por MANURI, NIETO GALAN

EXCLUSIVA
DE LA INVICTA



P.º GRACIA, 91
BARCELONA

REPARTO

Raimundo Casanova..... **Raymond Griffith**
Condesita Elvira..... **Vera Veronina**

ARGUMENTO DE DICHA PELICULA

PRIMERA PARTE

Para los males del amor no se conoce hasta ahora medicamento alguno. Los más famosos doctores de la ciencia se han considerado impotentes para anular los efectos del terrible mal y sólo aconsejan dos resoluciones. Son dos resoluciones extrañas, pero las únicas eficaces: casarse o suicidarse.

Este terrible mal era el que afectaba al simpático Raimundo Casanova, un muchacho joven, simpático, hasta dejárselo de sobra y con una fortuna nada despreciable. Amaba a una ilusión, a una quimera, a algo que no tenía forma definida, pero que, no obstante, no le dejaba vivir, y convencido de que su mal no tenía otro remedio que el de poner fin a su vida, una noche, al salir de una de sus juergas, decidió quitarse la vida. Uno de los muchos canales venecianos le ofreció su líquido lecho mortuario, y Raimundo no dudó un ins-

tante. Se prendió en su americana un papcilito que decía: "Tengo dinero y posición social, pero me mato porque no tengo amor"; y hecho esto se arrojó desde el puente.

Pero a veces la Casualidad conduce de la mano a la Desesperación para aliviarla y en este caso condujo a Raimundo a los brazos de la condesita Elvira, una deliciosa joven, romántica a más no poder, que a aquella hora paseaba su romanticismo por el canal en una engalanada góndola.

El golpe había aturcido al pobre Raimundo y en su aturdimiento creyó ver, en la figura de la condesita, a un ángel celestial que venía a ofrecerle el alivio del mal por el que se había suicidado.

—Vaya una manera de presentarse— exclamó incomodada la condesita.

—Perdóneme, señorita—sa excusó Raimundo—. Pero soy un hombre desesperado de la vida y quería matarme.

—¿Tan grave es lo que le sucede para obrar de ese modo?—le preguntó intrigada Elvira.

—Piense usted que no sé lo que es amor—le respondió el joven suicida— ¡Ya ve usted si es grande mi desgracia!

—¿El amor?—suspiró tristemente la condesita—. ¡Yo tampoco lo conozco y... voy a casarme!

—¿Eso quiere decir que no ama usted a su prometido?— inquirió Raimundo.

—Ya le he dicho a usted que no he conocido el amor—volvió a decirle ella.

La góndola se deslizaba rítmica, silenciosa, como mecida por un oleaje de seda, por las tranquilas aguas del canal y los dos jóvenes siguieron hablando, cada vez más íntimamente, hasta que llegaron al desembarcadero.

Ambos se hallaban poseídos por el sentimiento de simpatía, y Elvira le dijo al despedirse:

—¿Verdad que pronto pasará a hacernos una visita? Vivo con mi padre, el conde Gram.

—Yo le prometo, señorita, que muy pronto tendré el gusto de volverla a ver—respondió Raimundo, besando apasionadamente la mano que ella le ofrecía y que no intentó retirar, a pesar de lo prolongado del beso.

—Hasta muy pronto—se despidió definitivamente ella.

—Hasta muy pronto—contestó él, pensando que ya no tenía necesidad de matarse.

Al día siguiente, Elvira estaba dispuesta a no casarse, si no era con el joven que tan inesperadamente había despertado en ella el único amor de su vida, y al salir a la sala y ver a su padre, que con varios familiares trataba de su boda, exclamó:

—Papá, recuerda que me prometiste apla-

zar mi boda con el marqués del Dado hasta que cumplierse los veinte años.

—No he olvidado mi promesa, hija mía, y hasta pasado mañana, fecha en que cumplirás esa edad, no te casarás—respondió el conde.

Los antepasados del marqués del Dado fueron todos guerreros famosos, pero el que actualmente ostentaba el título era un petrietre ridículo y presumido, que se asustaba hasta del ruido de un encendedor. Elvira sentía por él un desprecio infinito y comprendía que su boda con un hombre así, sería la desgracia de toda su vida. Pero su padre, espiritista convencido y que desconocía los sentimientos de los corazones jóvenes, siguió diciéndola:

Anoche, en la sesión espiritista, el espíritu de tu madre se comunicó conmigo y mandó que tu casamiento con el marqués se celebrase inmediatamente.

El marqués del Dado, que se hallaba presente, afirmó con la cabeza las palabras de su futuro suegro y exclamó:

—Las órdenes de una madre no deben ser desobedecidas, yo creo, como su papá, que nuestro casamiento debe celebrarse pasado mañana.

—Está bien, señor—repuso la joven—. Haré lo que se me ordena.

Y sin dirigirle una mirada, salió hacia el jardín, seguida de su presunto marido.

Elvira había tenido en su vida un "flirt" con Javier del Monte. Había sido un "flirt" al que ella no le había dado la menor importancia y cuando Javier se ausentó de Venecia, la joven lo creyó terminado definitivamente. No así él, que tan pronto como regresó fué a verla y al encontrarla en el jardín la estrechó fuertemente entre sus brazos, diciéndole:

—Acabo de llegar de Viena y he venido a verte.

El marqués, al ver su novia en brazos de otro, corrió hacia ellos y, separándolos violentamente, dijo a Elvira:

—¿Ha olvidado, acaso, que es usted mi prometida?

—¿Y usted ha olvidado, acaso que es un caballero y debe comportarse como tal?—le respondió Javier.

—Yo no admito lecciones de cortesía de nadie, y menos de un desconocido como usted—exclamó el marqués.

—¡Esa es una ofensa que la pagará usted con su vida!—respondió indignado el antiguo "flirt" de la condesita—. Mañana le enviaré a mis padrinos y tendré el gusto de que haya un "gato" menos en el mundo.

Aquella amenaza produjo el consiguiente pánico en el marqués, pero procuró disimularlo y cuando su rival salió del jardín le dijo a Elvira:



Elvira había tenido un flirt

—Le ruego que no se intranquile por mí. Estoy hecho a estos incidentes sin importancia y le prometo que le haré pagar caro su osadía.

Pero, sin embargo, la expresión de su rostro denotaba todo el miedo de que se hallaba poseído y Elvira se separó de su lado, dirigiéndole una mirada de infinito desprecio.

SEGUNDA PARTE

Raimundo Casanova no había olvidado su promesa y aquel mismo día se presentó en casa de Élvira. Al entrar, lo vió el marqués y corrió hacia él, tendiéndole los brazos.

—¡Amigo Raimundo! — le dijo, estrechándole cariñosamente.

—¡Mi querido marqués! — exclamó el otro.

—¡Felicitame, mi querido Raimundo! — le dijo inmediatamente — ¡Estoy a punto de casarme con una muchacha riquísima!

—¡Felicitame tú también — contestó Raimundo —, porque estoy enamorado de la muchacha más bonita del mundo!

El marqués, que no podía olvidar la terrible amenaza de su adversario, vió en la llegada de su amigo una salvación seguro y le dijo, recordándole su antigua amistad:

—Raimundo, durante dos siglos los Casanovas han peleado y dado su sangre por los

Dados... El Destino te trae aquí para que peles por mí.

—¡Caramba! — exclamó Raimundo, sorprendido por el ofrecimiento de su amigo — No creí yo que el Destino fuese tan caprichoso.

El marqués, sin hacer caso de la objeción de su amigo, lo cogió por un brazo y señalándole hacia fuera del jardín, continuó diciéndole:

—¿Ves aquel hombre que mira los balcones de esta casa?... Pues ese hombre acaba de desafiarme... Ves e insúltale, haz que mañana se bata contigo y así no podrá hacerlo conmigo.

—Pero, marqués, considera que estoy enamorado — contestó débilmente Casanova.

—Lo siento, Raimundo, pero no es esta la hora de amar, cuando un Dado está en peligro de perder la fortuna. — le contestó el aristócrata, empujándole.

Y Raimundo, que conocía el historial de sus ascendientes y que por otro lado era hombre que no podía ver la desgracia de un semejante, sin acudir en su auxilio, terminó por acceder a la súplica de su amigo y fué en busca de Javier, que en aquel momento subía a su automóvil.

—Un momento, caballero — le dijo Raimundo, deteniéndolo,

—¿Usted dirá?—le preguntó el otro, malhumorado.

—Le he visto a usted mirando toda la mañana los balcones de esta casa y eso es una acción indigna de quien se cree caballero.

—¿Usted no sabe lo que se dice!—respondió el otro—. ¡Sin duda ha perdido la razón!

—Me ha llamado usted loco y ese es un insulto que no tolero—exclamó Casanova—. Me considero ofendido y hoy le mandaré mis padrinos.

Hecho esto, volvió adonde estaba su amigo y le dijo:

—Bueno, ya te he librado de ese importuno; ahora preséntame a tu prometida.

No hubo necesidad de que entraran, puesto que en aquel momento volvió a salir Elvira. Y antes de que los dos jóvenes pudieran decirse nada, el marqués la presentó, diciendo:

—La condesa Elvira Gram, mi prometida. Mi íntimo amigo Raimundo Casanova.

—Su... su amigo... Casanova—respondió Elvira, que no sabía ni lo que decir ante la sorpresa que recibía.

—Sí, señorita—contestó Raimundo—. Somos amigos de la niñez y es para mí un verdadero orgullo conocer a la que va a ser esposa de mi gran amigo.

El marqués terció en la conversación para decir:



— ¡Esa es una ofensa ...

—Puesto que ya os conocéis, voy a ir un momento a dentro para ultimar los detalles de nuestra boda.

—¿Por qué no me dijo usted que era amigo del marqués?—le preguntó Elvira.

—Por la misma razón de que usted no me dijo anoche quién era su prometido—contestó Casanova.

—Entonces, si le conoce, ya comprenderá usted que yo no puedo casarme con ese hombre... ¡Por Dios, sálveme usted!

—Señorita, me pide usted un imposible. Ja-

más he traicionado a un amigo—respondió Raimundo—. Y puesto que mañana me bato y me dejaré matar, sepa usted que la he amado con toda mi alma, que ni después de muerto podré dejarla de amar.

—¿Que mañana se bate usted?—preguntó ansiosamente Elvira—. ¿Con quién?

—Con el hombre que ha insultado al marqués. Mis antepasados dieron la sangre y la vida por los Dados y yo no puedo, ni quiero, ser menos que ellos.

—¡Pero eso es imposible!—protestó Elvira abrazándolo—. Yo le amo a usted y quiero que viva para mi amor. Yo impediré ese desafío a toda costa.

—Será inútil; el duelo está concertado y en mis condiciones no entra la de cobarde—repuso Raimundo dignamente.

Comprendía que si permanecía más tiempo al lado de aquella adorable mujer, terminaría por acceder a cuanto quisiera ella y para evitarlo, huyó de allí con el corazón destrozado de dolor.

¡Una amargura infinita, una pena inconsolable se apoderó de la bella condesita y cayó sobre uno de los bancos del jardín, llorando la pérdida de aquel inmenso amor que moría en su pecho, apenas acabado de nacer.

TERCERA PARTE

Al día siguiente, cuando los primeros rayos del sol empezaban a filtrarse por los árboles, en un bosque inmediato, dos hombres, con la misma serenidad que si se hubieran dado una cita comercial, se hallaban esperando el momento de jugarse la vida.

Los padrinos fijaron últimamente las condiciones del duelo y, por fin, de un estuche sacaron dos pistolas.

Cada uno de los combatientes tomó la que le cupo en suerte y se colocaron el uno frente al otro.

Raimundo estaba decidido a no matar a su adversario. No le había hecho daño alguno y comprendía que era una indignidad el causarle el menor daño. Además, una vez que consideraba imposible su amor, para nada quería la vida, y de esta forma, dejándose

matar, se evitaba el tenerlo que hacer él mismo.

Durante toda la noche, Elvira no pudo reconciliar el sueño, negros fantasmas se le aparecían y en todos ellos veía la faz cadavérica de su amado que la acusaba a ella, por no haberle advertido quién era su prometido. Los pocos momentos que durmió fué su sueño agitado, intranquilo, y con las primeras luces del amanecer se levantó del lecho y ordenó a su doncella.

—Dígale al chófer que voy a salir inmediatamente, que prepare el coche.

—En seguida, señorita—respondió la muchacha, sin darle importancia a aquel nuevo capricho de su ama, acostumbrada como estaba a ellos.

Momentos después, la condesita Gram, con la desesperación de la impaciencia, se dirigía hacia el lugar donde sospechaba que debía celebrarse el duelo. Estaba dispuesta a todo con tal de evitarlo. Ella sabría llegar con sus súplicas al corazón de los dos hombres para que desistieran de aquel terrible acto, tan inhumano como cruel.

Al llegar al lugar del duelo, vió a su primo y al marqués que actuaban de padrinos y a los dos combatientes que se preparaban a batirse.

—¡Por Dios! —gritó la joven desespera-

da— ¡Deténganse!... ¡Este duelo no puede ser!

Raimundo separó suavemente a Elvira y se colocó frente a su rival. Segundos después sonó un disparo y Casanova se desplomó a tierra.

La condesita, sin pensar en otra cosa que en su amado, se arrojó sobre su cuerpo y lloró amargamente.

Pasados los primeros instantes de dolor, se levantó y dirigiéndose a Javier, le dijo:

—Le aborrezco con todas las fuerzas de mi alma; ha matado usted a mi amor!

—¿A su amor? preguntó estupefacto el marqués—. ¿Pero usted amaba a este hombre?

—Con toda mi alma—repuso Elvira—. Es el único hombre que he amado en mi vida.

Casi a la fuerza consiguieron llevársela entre su padrino y el marqués, mientras que Raimundo era conducido en una camilla hacia su domicilio. Una vez allí, se incorporó del lecho y le dijo a su antiguo ayuda de cámara:

—Caramba qué difícil es hacerse el muerto. He tenido que estar cerca de cinco horas en la misma posición.

—Y que lo ha hecho usted admirablemente—respondió el sirviente—. Momentos hubo en que creí que verdaderamente lo había matado.

—Nunca me hubiera prestado a ese duelo de no ser en las condiciones que se ha efectuado—contestó Raimundo—. La única dicha que me cabe es que me he convencido de que Elvira me adora tanto como yo a ella... ¡Y pensar que se ha de casar con ese imbécil de marqués!

Aquella tarde se presentó nuevamente el marqués, y estrechando la mano de su amigo, le dijo:

—Te felicito... Has hecho el muerto como un cadáver.

—¿Creo que no te podrás quejar de mí?—repuso Raimundo.

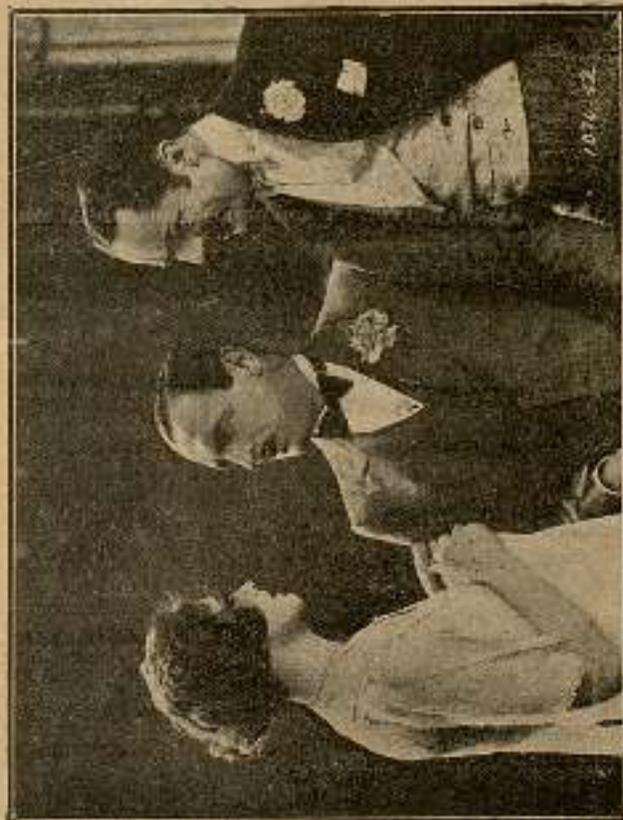
—Te estoy verdaderamente agradecido; pero me parece que es al "muerto" a quien Elvira ama precisamente.

—Amigo mío, contra eso nada puedo hacer yo, y si Elvira sigue amándome no seré yo quien le persuada de su idea—exclamó Raimundo, a quien ya le iban molestando las exigencias de su amigo.

—Si es así—respondió el marqués—, este es el fin de mi amor... de mi vida... de todo...

Era tan doloroso el tono con que se expresaba el aristócrata, tanto dolor ponía en sus palabras, que Raimundo volvió a compadecerse de él y lo tranquilizó diciéndole:

—Perdona... Elvira cree que estoy muerto y seguiré muerto para ella. Puedes publicar la noticia de muerte.



CUARTA PARTE

Llegó el momento tan deseado por el marqués y tan temido por Elvira, el momento de la boda. La joven había agotado todas sus recursos, todas sus súplicas para impedir que aquélla se llevase a efecto; todo fué inútil, su padre, en la firme creencia de que el espíritu materno ordenaba aquella unión, no desistió en su empeño, y la pobre condesita tuvo al fin que someterse a sus deseos.

El manto de desposada fué para ella blanco sudario de todas sus ilusiones, de sus sueños acariciados durante algunas horas, y a medida que se acercaba la hora era mayor su desconsuelo.

—Por última vez, papá—le suplicó la joven al ver entrar a su padre—. Te ruego que desistas de esta boda. Ya sabes que yo amo a otro hombre y que nunca podré ser feliz con el marqués.

—Es inútil que te opongas—respondió secamente su padre—. El espíritu de tu madre ha mandado siempre en esta casa y ha de cumplirse su mandato. Además, el hombre a quien tu amas ha muerto.

—Por esa razón esa boda es imposible. El murió por salvar al marqués. Fué el marqués quien lo mató, quien le obligó a ese duelo para no batirse él—volvió a decir Elvira.

El conde Gram quedó un momento perplejo ante las palabras de su hija y al fin exclamó:

—No creo que el marqués relinqua ningún lance de honor. Sus antepasados fueron todos heroicos guerreros y él sabe sostener el honor del nombre que lleva; pero si eso fuera verdad, yo sería el primero que me opondría a la boda.

Y salió para hablar con el marqués y disipar las dudas que le habían inspirado las palabras de su hija.

Esta por centésima vez tomó un periódico que había sobre la mesa y leyó la triste noticia de la muerte de Raimundo, que decía:

"Duelo a muerte.

"Raimundo Casanova, descendiente de la ilustre familia de los Casanovas, tan conocido en nuestros círculos elegantes, acaba de morir de un balazo en el corazón por su adversario. El cadáver del infortunado..."

Al leer la noticia nuevamente los ojos se le llenaron de lágrimas y cayó sobre un sillón, llorando amargamente.

A medida que los invitados a la boda se iban reuniendo, Raimundo no pudo resistir la tentación de ir a lanzar una postrera mirada a la doncella por quien dió la vida y aprovechando la aglomeración de gente, entró por el jardín y con una agilidad pasmosa subió por la balaustrada hasta el balcón donde estaba la habitación de Elvira.

En aquel instante se hallaba ésta en unión del marqués y le decía:

—Jamás me casaré con el hombre que hizo matar a su amigo.

—Está usted equivocada, querida. Tengo la seguridad de que si mi amigo Raimundo estuviese aquí, él mismo le aconsejaría que se casara conmigo.

—¿Quiere usted decir que Raimundo no me amaba lo suficiente para casarse conmigo?—preguntó extrañada la muchacha.

—Eso es lo que le quería decir, precisamente. Raimundo era un "fresco", un hombre libertino, para quien las mujeres era un ligero pasatiempo y eso era lo que quería con usted... pasar el tiempo—respondió cínicamente el marqués.

A Raimundo le daban ganas de entrar y de emprenderlas a cachetes con aquel siu-

guenza por quien acababa de "quitarse la vida" y que tan mal pagaba su heroísmo, pero se contuvo y siguió escuchando la conversación.

—Tenga usted la seguridad de que si él estuviese vivo, le repetiría mis palabras—siguió diciendo el marqués—. Yo le he conocido muchas novias y con todas ha hecho siempre lo mismo.

Fué Elvira a contestar, pero su futuro marido la detuvo con un gesto y le dijo:

—Puesto que no me cree a mi su papa vendrá ahora y la convencerá.

Raimundo aprovechó la corta ausencia del marqués para presentarse a Elvira, a quien tuvo de sostener, antes que cayera al suelo desmayada.

—No te asustes, amor mío—le dijo cuando comprendió que la joven podía escucharle y entender sus palabras—. Jamás he estado muerto. Todo ha sido una estratagema del marqués para poder conseguir el casarse contigo.

—¿Entonces aquel desafío no fué verdad?—preguntó la joven.

—Sí, el desafío fué cierto, pero mi adversario afortunadamente tenía mala puntería y yo me hice el muerto, antes que tener que matar a un hombre que no me había hecho daño alguno—repuso Raimundo.

—¿Y el marqués lo sabe?—volvió a preguntar la condesita.

—Lo mismo que yo. Cuando caí al suelo te dió cuenta de lo ligada de mi muerte y me rogó que continuara haciéndome el muerto. Luego vino a verme y me suplicó que permaneciese oculto a todo el mundo hasta que él se hubiese casado. Pero mi amor ha sido más fuerte que mi voluntad y no he podido resistir al deseo de verte, aunque sólo sea por última vez.

En aquel instante se abrió la puerta y Raimundo apenas si tuvo tiempo para esconderse tras un biombo que había en un rincón de la habitación.

—Hija mía—exclamó el padre al entrar—el señor marqués, tu futuro marido me ha rogado que venga para convencerte de que esta boda es imprescindible. La sala está llena de invitados y solo esperan que te presentes para llevar a efecto la ceremonia.

—Padre—respondió humildemente la joven—No resisto más, puesto que tú lo ordenas que se cumpla tu deseo. Me casaré con el marqués del Dado.

Esta, que mientras hablaban padre e hija, miraba de un lado a otro, descubrió el sombrero de Raimundo, y entregándoselo al conde le dijo:



—Tal vez la señorita sabrá decirnos algo de este sombrero.

—¿Cómo está aquí este sombrero?—preguntó el padre indignado.— ¡Exijo una contestación inmediata!

—No lo he visto hasta ahora... no sé de quién puede ser—contestó la muchacha temiendo que fuera descubierta la presencia de Raimundo.

—Tal vez tenga yo más suerte que ella—exclamó el marqués—. Buscaré por la habitación y al primero que encuentre pagará con la vida la osadía.

Raimundo sabía de la manía espiritista del padre de Elvira y en aquella difícil situación comprendió que era el único medio de poderse librar, aprovechándose de ella. Para ello tomó un cubrecama blanco que había casualmente en una silla que estaba detrás del biombo y colocándose en forma de sudario se presentó en la habitación.

El efecto que deseaba producir no se hizo esperar. El conde Gram se postró de hinojos ante él, exclamando:

—¡Un espectro!... ¡Postrémonos todos de hinojos ante este espíritu!

Raimundo, adoptando un tono de voz cavernosa, exclamó:

—Soy el espíritu de Raimundo Casanova

y vengo a decirte, Elvira, que te cases con el marqués del Dado.

Pero el marqués del Dado no creía poco ni mucho en tales espíritus y contestó:

—Tengo entendido que los espíritus no sienten y un espíritu, como Dios manda, no debe tenerle miedo a las balas.

Sacó la pistola y la emprendió a tiros con Raimundo que corría de un lado para otro, huyéndole a los disparos, hasta que por fin ganó el balcón y saltó al jardín.

—Ha ofendido usted a un espíritu y esto nos acarrearé la desgracia—exclamó el padre de Elvira.

—No se preocupe—respondió riendo el marqués—lo que es ese espíritu no se nos presentará más. Indudablemente era un malhechor que intentaba aprovecharse de lo que hubiera por aquí.

Y convencido el conde de que era así en efecto, salió de la estancia, para anunciar a los invitados que la boda se celebraría en seguida.

QUINTA PARTE

La sala donde había de celebrarse la ceremonia se hallaba situada en el piso bajo de la estancia y allí se habían aglomerado todas las personas conocidas por las familias de los contrayentes, que al ver llegar a la novia no pudieron reprimir un ¡ah! de admiración.

El sacerdote designado para celebrar el enlace era un pobre hombre que padecía de la enfermedad del sueño y a quien hubo que despertar para que casase a los dos novios.

Pero Raimundo no se había dado por vencido. Una vez convencido de la infidelidad de su amigo, se juró vengarse y arrebatarse la novia, aunque para ello tuviera que sacarla de la misma casa paterna. El tiempo pasaba y cada minuto era un siglo para el enamorado muchacho. Hombre de carácter decidido y

que no retrocedía ante ningún peligro, volvió a subir a la habitación de su novia y se asomó por la escalera al salón donde estaba celebrándose la boda, en el momento en que el sacerdote iba a echar la bendición.

De un salto cayó sobre la enorme lámpara que iluminaba la estancia, y en la confusión que se produjo, al hacerse la obscuridad se apoderó de Elvira y huyó hacia la puerta. Tomó allí uno de los automóviles que habían dejado los invitados y emprendió la huida a una velocidad que hubiera aterrado al propio campeón mundial.

El único que no perdió la serenidad fue el marqués quien inmediatamente dio parte a la policía y ésta salió, algunos minutos después, en persecución de los fugitivos.

La feliz pareja no se detenta ni ante los disparos de los agentes, ni ante los obstáculos que se interponían en el camino. Raimundo demostraba en aquella huida que era un verdadero maestro del volante. A las pocas horas de aquella fantástica carrera entraron en un pueblecillo inmediato y Raimundo, fijándose en varios camiones sobre los cuales había grandes toldos cubriendo unos enormes costos, le dijo a Elvira:

—Escondámonos aquí hasta que pase la policía.

Así lo hicieron, pero cuando intentaron sa-

lir advirtieron, con gran sorpresa, que los vehículos se habían puesto en movimiento.

— Es imposible salir ahora. Esperemos a que se detengan en algún lado—exclamó Raimundo.

Pero lo que nunca podían ellos sospechar era el verdadero lugar donde iban destinados. Los cestos en los cuales se habían metido, eran precisamente las barquillas de unos globos militares destinados a las maniobras de la artillería y cuando se dieron cuenta de ello fué cuando ya estaba a algunos centenares de metros de altura.

— ¡Atiza, sí que nos hemos lucido!—exclamó Raimundo—. Nos van a freír a cañonazos.

En efecto, no acababa de decir esto cuando sonó un estallido y uno de los globos que estaban a su lado cayó a tierra, convertido en una verdadera hoguera.

Raimundo se aventuró a sacar la cabeza y agitando el sombrero empezó a gritar:

— ¡Esperen un momento que aquí hay una señora!

Pero sus voces se perdían en el espacio, sin que llegaran a oídos de nadie y la artillería continuó deshaciendo a cañonazos a los demás globos que tenían preparados.

Por fin le tocó el turno al que ellos ocupaban y la suerte vino a favorecerlos. La mala



... y cogiendo a la condesita Elvira...

puntería del artillero hizo que rompiera la hala la cuerda y el globo libre del ancla emprendió una rápida ascensión, seguido de los disparos de los de abajo, que por fin consiguieron incendiario.

— Me parece que nos vamos a hacer una tortilla—se dijo Raimundo a sí mismo ocultando el peligro a Elvira, quien muerta de miedo había caído desmayada y ya no se daba cuenta de lo próxima que tenía la muerte en aquellos momentos.

Una corriente de viento impulsó al globo incendiado, que descendía vertiginosamente hacia la ciudad, hasta que por fin cayó estrepitosamente sobre una casa derrumbando la techumbre. Fué un momento de verdadero pánico. Raimundo creyó en el fin del mundo, pero pronto salió de su asombro al encontrarse ileso. Buscó entre los escombros a Elvira y ésta que ya había recobrado el sentido con el golpe le preguntó:

—¿Te has hecho daño, Raimundo?

—Yo ninguno, ¿y tú?—preguntó éste a su vez.

—Tampoco—respondió la joven—. Y fijándose en el lugar en que estaba exclamó presa de la mayor sorpresa.

—¡Pero es posible, estamos otra vez en mi casa!

—¡Es verdad! — corroboró Raimundo—. Fíjate todavía está allí el sacerdote durmiendo como un beudito. Acerquémonos a él y nos casara.

Así lo hicieron y el pobre hombre, medio dormido y sin darse cuenta de lo que hacía se levantó a los gritos de los jóvenes y exclamó, como si continuara la ceremonia interrumpida:

—... Como iba diciendo, cuando se marcharon... Dios los haga bien casados.

Había terminado de pronunciar estas pala-

bras cuando aparecieron el ede y su futuro yerno y exclamó aquél:

—Hemos llegado tarde. Ya están casados.

—Que se va a hacer, amigo mío—le dijo Raimundo al marqués—. Contra los males del amor no hay más que dos resoluciones: o casarse o suicidarse. Yo he adoptado la primera. Te aconsejo que también suele dar resultados satisfactorios.

Y mientras el pobre marqués del Dado salía en busca de la solución que le aconsejaba su amigo, ésta y la condesita Elvira sellaban con un beso apasionado su pacto eterno de amor.

FIN

PROXIMO NUMERO

EL CRIMEN DEL SOL

Emocionante dramma de un argomento commoedor, basado en el sacrificio de una fraternal amistad, para salvar el honor de una mujer. Magistral erección de sus protagonistas los famosos

IRENE KICH-WILLIAM RUSELL
WILLIAM COLLIER - J. MILJAN

COLECCIONE USTRD LOS CELEBRES
TANGOS Y AIRES ARGENTINOS
POR SUS PROPIOS CREADORES

PIDA LOS ULTIMOS EXITOS:

BIARRO BACHILIA Gallgralla. «La han visto con
nira.» «Creíamelo.» «Escuelas
blancas.» «Desengañó.» «Siempre...» «Destinión.» «Aguaita.»
«Luzojas.» «Che, repasa, oí!» «¡Plagiató!» «Incentro.»
«Piedad.» «Por florido.» «¡Celosa!» «¡Araca corazón.» «Bendición
arrabalaro.» «No te engañes corazón!» «etc.» etc.

Orquesta Típica MAREUEE Con los tangos de
moda: Dandy. «El
Utraja.» «Tú basco furro mío.» «La última cupat.» «Niño bien.»
«Esta noche me emborracho.» «Pedacitos de papel.» «El carnalito.»
«Adiós muchachos.» «¡Simpatía muchachita!» «Hijos de madre.» etc.

LOS MEJORES TANGOS Con los grandes éxitos:
«Buenos Aires.» «Mi noche
triste.» «Padre nuestro.» «Patotero sentimental.» «La copa del
olvido.» «La ciguila.» «Malito tango.» «No te digas que la
quero.» «Carnaval.» «Salud!» etc. etc.

SPAVENTA «¡Ded, Pabeta, pague!» «¡Pobee masticar!»
«¡Culce sacras!» «El trador platano.» «Torca-
da.» «Otra cosa y se desbó!» «¡Que vachaché!» «¡Y más
como loca!» «Adónde vas Pava!» «¡Paloteros!» «Milonga.»
«Flor de Fango.» «El tello ladrón.» etc., etc.

LINDA THELMA «A la luz del candil.» «Insomnio.» «Cuan-
do llora la Milonga.» «Volvá al retorta.»
«Cuánto te caíste.» «¡Formosa guerra mía!» «Si te lo quisiera vol-
ver.» «¡Reverencia!» «Camilito.» «Margaritas parvenas.» «¡Por qué
me llamas?» «¡Pobrecito caballo bayo.» «Mi paisana.» etc., etc.

Precio: 30 céntis. el tomito

ENVIAMOS CATALOGOS GRATIS
SOLICITAMOS CORRESPONSALES

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo
envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco cénti-
mos para el certificado. Franqueo gratis.

Biblioteca Films - Apartado 707, Barcelona

2

Colección Ud. la Selección de FILMS DE AMOR

50 céntimos

TITULO	PROTAGONISTA
El templo de Venus	M. Shubin
Sacrificio	Fay Compton
Las gatas de la Suda	Leda Gie
Reperto de Hentzen	Lew Cody
El trío de la muerte	Cayena
La esposa comprada	Alice Terry
El juramento de Lagardère	H. Jacques
Buda, el Profeta de Asía	Himansu Rai
La princesa que amaba al amor ..	A. Mancini
La hija del Brigadier	Nora Gregor
La Sere del mar	J. Barrymore
La mujer que supo amar	Doris Kenyon
Forato	E. Jennings
La que no sabía amar	A. Moreno
Una aventura de Luis Candélas ..	M. Soriano
Cuando las hambres aman	F. Dhalie
El caballero de la rosa	J. Caclais
Los cadetes del César	Irene Rich
Los amores de Manón	Dolores Costello
Valencia	M. Baldwin
La tragedia del payaso	G. Elmsa
El cuarto mandamiento	Mary Carr
Odette	P. Bacial
Tiñón	G. O'Brien
Flor del desierto	Vilma Banky
Lanzas del quarter	N. Shuter
Entre el amor y el deber	E. Navarro
La vida privada de Helena de Troya.	R. Carter

ENVIAMOS CATALOGOS GRATIS

Sevirnos nombres susinos y direcciones completas, por vía
envío del importe en sellos de correo. Recibirás cinco catálogos
para el certificado. Precio en gratis.

SOLICITAMOS CORRESPONSALES

Biblioteca Films-Apartado 707, Barcelona